

Así, pues, si aquella línea se hubiera ido aproximando y cerrándose naturalmente sobre la ciudad, es probable que su fuerza hubiera sido la estrictamente indispensable para establecer sólidamente el cerco, cosa que nosotros no podíamos hacer con nuestros tres mil hombres.

Mr. Ratheau en su "Tratado de Fortificación," al hablar de los preparativos para atacar una plaza, se expresa de esta manera (pág. 336): "El General reúne desde luego una fuerza suficiente; se admite que el ejército de sitio debe de ser *ocho ó diez veces más fuerte que la guarnición*; es menester por otra parte, otro cuerpo destinado á cubrir el ejército de sitio contra un ejército de socorro, &.

En la "Ayuda memoria portátil para el uso de los oficiales de Ingenieros," edición de París, 1853, se lee lo siguiente:

"Capítulo IX. Ataque de plazas. Número de tropa de todas armas necesarias para un sitio."

"Ejemplos." "Evaluación de los ejércitos de sitio."

"Según Vauban y Cormontaigne, cuando es menester atacar en regla una plaza por *muy pequeña que sea*, pero situada en una fuerte posición, no teniendo más que cuatrocientos hombres de guarnición, no se podrían emplear menos de diez ó doce mil hombres y varios regimientos de caballería."

"Una plaza mediana que se necesita circunvalar y que tenga de dos á tres mil hombres de guarnición, exige que el ejército sitiador sea de veinte á veinticinco mil hombres. "Las plazas más considerables que tengan tres ó cuatro mil hombres de guarnición, deben ser atacadas por ejércitos *siete ú ocho veces mayores*, y solamente *cinco ó seis veces más fuertes*, si las guarniciones son de diez, doce, quince y dieciocho mil hombres."

"El ejército sitiador puede ser menos numeroso si está cubierto por un ejército de observación."

El Ayudante General D. Ignacio Mora y Villamil, en sus "Elementos de Fortificación," dice:

"Para guardar una circunvalación y contravalación de una plaza de primer orden, se calculan cincuenta mil hombres; aunque esto tiene muchas variaciones, porque si el sitiador está protegido por un ejército de operaciones, no se necesita tanto número delante de la plaza."

"*La guardia de la trinchera es siempre al menos de las tres cuartas de la guarnición.*"

Mr. Thirou, en su "Instrucción teórica y práctica de la artillería, (pág. 397) dice:

"Un ejército que emprende un sitio, se divide casi siempre en dos cuerpos: el uno encargado del sitio y el otro que campa á poca distancia de la plaza."

"Algunas veces el ejército de sitio está cubierto por un cuerpo de observación, y en este caso aquel no tiene necesidad de ser tan numeroso como cuando debe bastarse á sí mismo."

Mr. Piobert, en su "Tratado de artillería teórica y práctica, dice:

"Cuando un ejército en el curso de una guerra se ve obligado á poner sitio á una plaza fuerte, tiene necesidad de un material de guerra incomparablemente mayor que el que lleva á campaña; el tiempo que necesita para la reunión del material, los gastos y embarazos que de esto resultan, hacen que se traten de evitar los sitios cuanto sea posible, y con frecuencia no se emprenden esas operaciones, siempre muy difíciles y que pueden traer graves consecuencias, sino cuando son indispensables para reducir un país, ó para privar al enemigo de sus recursos ó de un punto de apoyo."

Mr. De la Roche-Aymon, en su "Tratado de las tropas ligeras," al hablar de los puestos retrincherados, se expresa así:

"Estas plazas del momento, que no por ser construidas de tierra en el curso de una campaña dejan de ser realmente plazas de guerra, aun cuando no tengan todas sus propiedades ni produzcan todas sus consecuencias, desde luego son bastante fuertes *para no poder tomarse á viva fuerza*, y obligan al enemigo á desplegar todos los recursos de un ataque en regla."

Según el contenido de los párrafos insertos, tendremos que convenir que para atacar una plaza, se necesita disponer de fuerzas ocho ó diez veces más numerosas que las que defienden, y que las plazas improvisadas con obras de tierra, llamadas *del momento*, deben de ser atacadas regularmente.

Haré, no obstante, una diferencia entre las plazas cuyas obras exteriores las circundan, y aquellas retrinchadas en un perímetro interior.

En las primeras, las líneas de circunvalación y contravalación tienen que ocupar una circunferencia de un radio mucho mayor que en las segundas, por cuya causa puede reducirse mucho el número de los sitiadores; pero por mucho que quiera rebajarse, no podrá reducirse á menos de la mitad. Así, pues, suponiendo que Oaxaca no contase con más de mil quinientos hombres, y tomando el minimum de la cifra propuesta, necesitaríamos seis mil hombres con todos los elementos necesarios.

A las personas poco versadas en asuntos militares, podrá parecer una exageración lo que piden los autores de más nota; pero es menester tener en cuenta que las líneas de los sitiadores deben quedar suficientemente fuertes, para evitar que los sitiados puedan salir de la plaza.

Además, la gran fatiga y el peligro de las tropas, tanto de infantería y caballería como de artillería, que entran de servicio en las trincheras, exige que se les releve cada veinticuatro horas, dejándoles *tres y hasta cinco días de descanso*, como quiere el Mariscal de Vauban.

Se concibe, desde luego, que las fuerzas humanas no bastarían para permanecer en el constante movimiento y desvelo que exige aquel servicio durante los sitios, que muchas ocasiones suelen prolongarse por varios meses.

Es, pues, prudente, tener en cuenta cuanto va expuesto, para poder formar un juicio exacto y justo, sobre la conducta de los que mandan en circunstancias tan fatales.

Pasada esta digresión, continuaré la relación interrumpida.

Las fuerzas que habían bajado al Marquesado ocuparon Capuchinas y las cuatro manzanas que servían de cabeza de ataque; construyeron parapetos en las boca-calles, fortificaron las alturas con sacos á tierra, se extendieron por medio de horadaciones, y barricaron fuertemente puertas y ventanas, para impedir que el enemigo pudiera recobrar lo conquistado.

A proporción que las líneas se acercaban, se facilitaba la conversación entre los combatientes, conversación mezclada de insultos, que por lo regular terminaba á balazos, siendo origen de inútiles tiroteos que consumían gran cantidad de municiones, que como hemos visto no abundaban.

A esto se añadía que los desertores, en su mayor parte de Tlaxiaco, se llevaban cada uno cuatro paradas que tenían en cartuchera.

Los Jefes de los puntos se molestaban con las súplicas que se les hacían para evitar el desperdicio de cartuchos, porque es achaque de las tropas el no tomar en consideración las funestas consecuencias que la falta de municiones puede acarrear en un momento decisivo.

Los nuestros ponían santos de bulto en los parapetos, como centinelas, y se complacían en que los mismos que combatían por ellos, los pusieran como cribas á balazos.

Una tarde hubo en la ciudad un repique general, y por medio de granadas vacías hicieron saber á nuestro campo que Miramón se había posesionado de Alvarado. Como sabíamos que este puerto lo había abandonado el Gobierno, por no entrar en su plan el defenderlo, nos preocupó muy poco la noticia.

Pero al día siguiente tomamos un desquite magnífico: supimos oficialmente que Miramón se había retirado de Veracruz; y con mucho sigilo, sin hacer ninguna demostración, nos preparamos para celebrar la noticia en la noche. Se sacaron de las iglesias que ocupábamos multitud de faroles y *marmotas* de las procesiones, y con gran acopio de ocote, se subieron para los cerros, colo-

cando alternativamente faroles y *luminarias*, en todo el frente de nuestra línea.

Cuando obscureció se iluminaron los cerros, y por ellos paseaba la música tocando *los cangrejos*.

Esto llenó de furor á los de la plaza que comenzaron á hacer fuego con toda su artillería sin que por nuestra parte se les contestara con un solo tiro.

Es probable que los Jefes de la plaza supieran también el suceso; pero trataban de engañar á los suyos, haciéndoles creer que nuestro regocijo era motivado por la captura de la escuadrilla de Marín.

Esto dió lugar á que nos colmaran de insultos, llamándonos traidores y yankees prietos; mas al siguiente día, algunas granadas vacías llevaban la terrible noticia á Oaxaca.

Quien sabe hasta qué horas de la noche hubiera durado la diversión, pero el cielo vino á terminarla con un formidable aguacero y algunos rayos que á todos nos pusieron en quietud.

Los días siguientes se emplearon en consolidar nuestra posición en las cuatro manzanas ocupadas, y el enemigo comenzó á sentir los terribles efectos del fuego de los indígenas de la sierra, que armados de carabinas Minié de largo alcance, y colocados en las alturas de los edificios, esparcían el terror en la ciudad con sus ciertas punterías.

En esto, el General Rosas, influido, creo, por el Cónsul español, tuvo una mala idea. Se le ocurrió entrar en negociaciones con D. José María Cobos, con el fin de inducir á éste á una transacción que pusiera término á las deplorables circunstancias porque atravesábamos, transacción imposible, si se tiene en cuenta que en política era Cobos de los más intransigentes, y que militarmente su situación estaba muy lejos de ser apremiante para que pudiera proponérsele una capitulación.

Si como muchos creían, yo hubiera tenido grande influencia con el General, la hubiera empleado con toda energía para evitar un paso que, sin tener viso alguno

de ser provechoso, no podía menos de causarle mucho desprestigio.

Por desgracia no era cierta mi influencia, y se convino en una entrevista que debía tener lugar en la hacienda de Aguilera, cuya entrevista á mi modo de pensar, estaba llena de peligros, pues de Cobos todo se podía temer.

Por fortuna, este hombre, arrepentido quizá, ó tal vez creyendo que el General Rosas ya había ocurrido á la cita y que era oportunidad para capturarlo; á la hora convenida hizo romper el fuego sobre los cerros á toda su artillería, y saliendo de la plaza á la cabeza de alguna fuerza, se avanzó hasta la falda del cerro del Carmen, y después de hacer una demostración sin consecuencia, se retiró á la ciudad, quedando de este modo sin efecto la cita.

Después de este acontecimiento, continuaron bajando las tropas de los cerros, hasta dejar solamente la guarnición de los tres fortines.

Una vez las tropas en la ciudad, se procedió al avance por las hileras de manzanas elegidas: la de la izquierda ocupó la segunda manzana que quedaba inmediatamente al lado Norte de San Felipe, no sin que el enemigo la hubiera disputado: la que seguía por la derecha llegó hasta la iglesia de San Felipe: la siguiente recibió orden de mantenerse á la misma altura; y la de la extrema derecha tomó la manzana siguiente.

Para mayor inteligencia, número del 1 al 4 las manzanas cabeceras de hilera y también las líneas de ataque que de ellas partían en dirección de las fortificaciones de la plaza (Véase la lámina 3ª).

La primera línea de ataque era mandada por el Coronel Don Porfirio Díaz. La segunda y tercera, por Jefes que no recuerdo, pero entiendo que eran el Coronel Cajiga y el Teniente Coronel Velasco, y la cuarta, por el Coronel Carbó.

El Coronel Díaz, como queda dicho, avanzó otra manzana, que ocupó no sin resistencia, y desde luego se de-

dicó á asegurarla, barricando puertas y ventanas y abriendo aspilleras.

Para asegurar la comunicación entre la primera y la segunda manzana de este ataque, se construyó en la calle que las separaba un doble parapeto, que servía de ramal de comunicación, y resguardaba de los fuegos de San Felipe, sirviendo también de defensa en el caso de que el enemigo tratase de tomar la segunda manzana por retaguardia, como lo intentó alguna vez.

La misma operación se practicó en la cuarta hilera de manzanas.

De esta suerte avanzábamos con la seguridad de no ser rechazados.

La tercera hilera, que no se hallaba separada de San Felipe nada más que por la anchura de la calle, era ocasionada á tiroteos muy peligrosos por la proximidad, pues varias ocasiones, penetrando las balas por las aspilleras, herían á nuestros soldados.

La segunda hilera aseguró la manzana que ocupaba y recibió orden de no avanzar.

Así, pues, las líneas de ataque de los extremos, 1ª y 4ª, eran las que continuaban adelantando.

Al querer ocupar el Coronel Díaz la tercera manzana de su hilera que lo debía aproximar á la Concepción, el enemigo, cuando ya no pudo defenderla, antes de retirarse la incendió, dando esto lugar á que el avance se paralizara por varios días, hasta que se pudo obrar contra el fuego é ir ocupando las casas á proporción que aquel se fué extinguiendo. Pero el Boletín Militar de Oaxaca decía que los bandidos puros habían puesto el fuego, cuando á nosotros nos perjudicaba la detención, y á ellos, los reaccionarios, les era conveniente detenernos.

Una vez dueños de esta manzana, que sólo separaba de la Concepción la anchura de la calle, el Coronel Díaz se dedicó á fortificarla con el tesón que lo distingue, y por medio de un trabajo infatigable que no le dejaba reposo ni de día ni de noche, llegó en pocos días á ponerla en un estado de defensa tan respetable, que el ene-

migo, después de algunos ensayos infructuosos, se convenció de que sería inútil toda tentativa que contra ella hiciera.

La Concepción es un edificio construido con materiales sólidos, y de bastante altura. Como Convento de monjas, tenía pequeñas ventanas muy elevadas, guarnecidas con fuertes rejas, y algunas puertas abajo que daban entrada á los llamados locutorios ó *rejas de las monjas*.

El Coronel Díaz, en su ahinco por penetrar en la plaza, hacía todos los esfuerzos imaginables. Quiso que en una cochera se colocase un obús de montaña, á lo cual accedió el General, aunque con el convencimiento de la inutilidad de la operación.

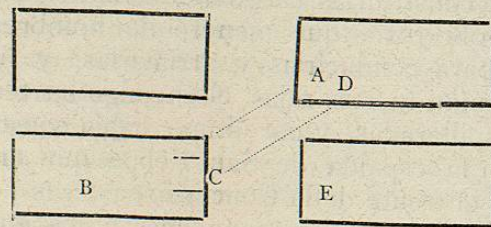
Con efecto, si se disparaba el obús con la carga ordinaria, las granadas rebotaban al chocar contra el espeso muro del convento, y si se aumentaba la carga, las granadas se rompían antes de poder penetrar en la piedra.

Quiso también colocar otro obús en un piso alto con objeto de batir el ángulo de la azotea de la contraesquina.

Esta operación tenía dificultades que si bien podían vencerse con trabajo, no correspondería el resultado que se obtuviera, á la fatiga que tenía que impenderse y mucho menos á la sangre que había de derramarse.

Era necesario blindar el piso bajo, construir una explanada y sostener también el techo de la azotea para impedir que pudiera venirse abajo con la conmoción ocasionada por el rebufo.

Después de esto, el resultado que se obtendría sería poco menos que nulo, como paso á demostrarlo:



Sea A la parte fortificada que se quería batir; B la manzana ocupada por el Coronel Diaz; C un balcón don-

de se quería poner el obús; y D la dirección de la línea de mira de la pieza, á la cual no se podía dar mayor oblicuidad para que pudiera alcanzar el punto A.

Resultaría que suponiendo que los proyectiles acertaran á pegar en el pretil de la azotea, no harían otra cosa que derribar una parte de él, sin herir á nadie, pues allí no había tropa; para conseguir tan inútil resultado, tendría que sacrificarse la vida de muchos artilleros que á boca de jarro serían heridos desde la Concepción E, cuya azotea dominaba perfectamente al balcón, donde no podían cubrirse los hombres sin inutilizar el obús.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, y que en otros puntos querrían también poner artillería sin que de ello redundara utilidad ninguna, siendo, además, esta arma demasiado escasa, el General se negó en esta vez á complacer al Coronel Díaz, cuya resolución disgustó á éste en extremo.

Teníamos tres obuses en los cerros y uno en la cochera de que he hecho mención. Nos quedaban las tres piezas alargadas y un obús de montaña para todas las emergencias que podrían surgir. No era, pues, prudente que el General disminuyera los pocos elementos con que podía contar.

Todos los días aparecían nuevos proyectos y planes para tomar la ciudad: se hablaba de construir escalas para asaltar á San Felipe ó á la Concepción.

Al primer punto, ya se ha dicho por qué no se debía atacar. En cuanto al segundo; ¿qué altura y qué peso debían tener las escalas? ¿cuánto tiempo debería emplearse para construirlas, careciendo de materiales, herramientas y obreros? ¿qué número de hombres serían necesarios para conducir las y arrimarlas? y luego, las ventanas tenían fuertes rejas, el enemigo las tenía fortificadas y aspilleradas, y por último, había construido un parapeto en la espalda de San Felipe, que enfilaba y barría todo el frente de la Concepción.

Pero nada era capaz de convencer á los entusiastas que solían proponer planes aun más difíciles que el descrito.

El Coronel Díaz, que no descansaba un momento, intentó pegar fuego á la Concepción, y una noche, personalmente, y á pesar del fuego de flanco que hacía el parapeto de San Felipe, roció con aguarrás las puertas de las *rejas de las monjas*, y les puso fuego.

Con ansiedad se esperaba que se consumieran las puertas para penetrar por ellas; pero el desengaño fué cruel, cuando habiendo caído á pedazos la madera, se descubrió que el enemigo las tenía cubiertas con obra de albañilería, que tenía muchos días de hecha.

Habíamos aplicado ya, sin resultado, la acción de la artillería y la del incendio, y se había prescindido de la escalada, por impracticable. Nos quedaba todavía un medio: las minas que pronto tendríamos que usar.

Entre tanto, la proximidad de las líneas era causa de un tiroteo incesante que duraba día y noche, con cortos intervalos, motivado por las conversaciones que se establecían entre los combatientes.

Después de darse mutuas seguridades de no ofenderse, dejaban las armas, y asomados á ventanas y azoteas, se entregaban á pláticas pacíficas y comedidas, con el objeto de convencerse unos á otros de la bondad de la causa que defendían y de invitarse á mudar de campo.

Esta clase de debates, que aun sustentados entre amigos y al calor del hogar, nunca logran el convencimiento de los contendientes, y casi siempre terminan desagradablemente, con mucha más razón debían de tener un fin desastroso entre enemigos furiosos é irreconciliables que trataban de destruirse.

De los argumentos pasaban á las recriminaciones; de éstas, á los insultos; y detrás de ellos venían las hostilidades, algunas veces á ladrillazos, por no tener muy á mano las armas.

Luego seguía el tiroteo, que á ocasiones duraba horas enteras, acompañado de insultos y maldiciones, consumiendo inútilmente los cartuchos, que no abundaban.

Uno de los puntos donde más se tenían semejantes pláticas, era la manzana que al costado de San Felipe ocupaba el Coronel Carbó.

El Jefe del punto contrario era el General Trejo. Este señor había defendido el Castillo de Perote cuando lo atacaba el General Echegaray; y el Gobierno de Veracruz, para recompensarlo de sus servicios, lo había condecorado con el grado de General y dádole el mando del punto del Chiquihuite.

Cuando Miramón bajó por primera vez á Veracruz, Trejo abandonó su bandera, pasándose al campo reaccionario. Ahora lo vemos en Oaxaca mandando el punto de San Felipe.

Como las ventanas del convento y las de las casas que ocupaba Carbó no se hallaban separadas más que por la anchura de la calle, era cosa fácil platicar de una ace-  
ra á la otra, aun con voz moderada.

Casi todas las noches, en las altas horas, se entablaban conversaciones entre Carbó y Trejo, ó algunos otros Jefes. Trejo dejaba entrever la intención de entregar el punto que mandaba; pero cuando se le urgía para que tratase la cuestión con formalidad, manifestaba que para ello era necesario que fuera el General Rosas, á quien mandó invitar varias veces; mas éste se negó, expresando que comprendía muy bien cuán conveniente sería para el enemigo el deshacerse del General en Jefe.

Una madrugada, habiendo tal vez perdido la esperanza de que el General concurriera á la cita, Trejo llamó á Carbó para que tuviese una conferencia con él. Carbó abrió y se asomó á una ventana como tenía de costumbre en semejantes casos, acompañado de un joven oficial apellidado Pozo, recién llegado de Veracruz, que le servía de ayudante. Trejo también se asomó á una ventana.

La noche estaba oscura, pues aun no amanecía, y no podía verse lo que pasaba de un lado á otro de la calle.

La conversación estaba animada, y Trejo hacía protestas de arrepentimiento por su anterior conducta, manifestando que deseaba una ocasión propicia para reparar su falta.

En esto se iluminó repentinamente la misma ventana que ocupaba Trejo, y se oyeron tres ó cuatro detonaciones de otros tantos fusiles, cuyas balas fueron directa-

mente al lugar que ocupaba Carbó. Cayó muerto en el acto el joven Pozo, con un balazo en la frente, y Carbó recibió en el rostro varias heridas ocasionadas por los pedazos de ladrillo que las balas arrancaron del marco de la ventana.

Este hecho infame causó en el campo liberal la mayor indignación, y dió la razón al General Rosas por la prudencia con que obró, negándose á concurrir á la cita de Trejo.

El Coronel Carbó, contra quien fué preparada sin duda, la inicua celada de Trejo, escapó por fortuna; pero desde entonces ya no hubo en las líneas pláticas á cara descubierta.

La acción de Trejo estaba en consonancia con la conducta cruel de los reaccionarios.

Veáse lo que respecto á esto dice el Gobernador Cajiga en su citado informe:

“En la plaza, el enemigo había seguido un sistema de terror, que acabó por concitarle el odio de todos los ciudadanos pacíficos: los asesinatos de la *compuerta*, los cadáveres arrastrados por las calles y la persecución á las mujeres, horrorizaban á todos los corazones.”

La idea de dar un ataque á viva fuerza no se había abandonado del todo, y de vez en cuando se volvía á insistir en ella, si bien muchos, mirando la seguridad y buen éxito con que se proseguían los trabajos, habían modificado su opinión.

Ya he demostrado varias veces en el curso de estos apuntes, las razones militares que el General tenía para oponerse á la ejecución de un medio inconducente y eminentemente peligroso.

A las razones militares, tenían que añadirse las lecciones suministradas por la experiencia, base y fundamento del saber humano.

La historia militar de nuestro país abunda en ejemplos que apoyan elocuentemente lo que enseñan los libros.

Sin remontarse hasta los días de la Conquista, que acaso proporcionaran alguno, y tomando por punto de par-